

Franco y los judíos durante la Segunda Guerra Mundial

©El Conde Gitano
Jose M.ª García León

En términos generales, cuando se analiza el papel jugado por Franco en la Segunda Guerra Mundial se aprecia claramente dos posturas bien distintas que tienen sutilmente una línea divisoria a raíz de la batalla de Stalingrado. De un lado una actuación de simpatía y de «no beligerancia» respecto a una Alemania nazi, y de otro un progresivo distanciamiento de dicha postura hasta acabar en la más estricta neutralidad. Aún así, España, al menos oficialmente nunca participó en la guerra al lado de Alemania, lo cual no fue óbice para que una vez acabada la contienda sufriera las consecuencias de un severo aislamiento y una condena casi unánime de su régimen político.

Y, sin embargo, cuando nos remitimos a estos años, casi nunca reparamos en un hecho apasionante y curioso, aunque ciertamente poco conocido, hasta el punto de que echamos de menos un estudio serio y profundo sobre el tema: Nos estamos refiriendo a la actuación del Gobierno español tendente a salvar el mayor número posible de judíos sefarditas en su mayor parte, de las garras del nazismo. En 1948, el periodista Maurice Fischer, que posteriormente sería ministro de Israel en París, denunció la falta de objetividad de la prensa mundial por negarse a reconocer «los innumerables benefi-

cios que la comunidad israelita, en el mundo entero, debía al general Franco por su comportamiento con los judíos, durante la II Guerra Mundial». A partir de ese momento se han ido sucediendo una serie de pequeños estudios parciales, entrevistas, testimonios personales... sin que por ahora tengamos una visión global de conjunto que nos permita calibrar este hecho en sus justos términos.

Apenas acabada nuestra guerra civil, en una época en la que en España se vivía intensamente el «nacional catolicismo», siempre se dispensó un cierto trato de favor y respeto por la cultura y religión judías. El Estado protegió la conservación de la cultura hebrea con la creación del Instituto «Arias Montano» y el 2 de enero de 1949 se inauguraba en la madrileña calle de Cisneros una nueva sinagoga, con el permiso de las autoridades españolas. Por ello, no es de extrañar que desde los comienzos de la guerra mundial misma, Serrano Súñer, en representación de Franco, hiciera saber tanto a Himmler como a Rosenberg sus reparos y celos ante la política racista de Alemania, aunque, en aquellos momentos, apenas se sabía bien el alcance que el antisemitismo nazi estaba tomando. Nada más ocupada Francia por los alemanes, y puesta en marcha toda una serie de disposiciones contra los judíos, el Gobierno español pasó a tomar una serie de medidas para protegerlos. Incautados sus bienes, se acordó que los pertenecientes a los judíos sefarditas, fueron administrados por representantes del Banco

de España y de la Cámara de Comercio española. Además se expidieron mil pasaportes españoles en favor de otros tantos judíos del país vecino. Tampoco figuraron judíos españoles entre los doce mil que fueron transportados desde Francia a los campos de exterminio en julio de 1942. Iguales acciones se llevaron en Bulgaria, Grecia, Rumanía y Hungría. En este país, aunque España no tenía más que un encargado de negocios, se logró evacuar rumbo a Tánger a quinientos niños judíos y se liberaron otros mil quinientos del campo de concentración de Bergen-Belsen, se alquilaron apartamentos para acogerlos, donde se puso el letrero de «Legación de España. Extraterritorialidad». En Bucarest el embajador español, conde de Casas Rojas, se entrevistó con el dictador Antonescu y logró que se respetara la integridad de doscientas familias sefarditas. Después en 1944 treinta y cinco fueron repatriados a España, los restantes marcharon bajo protección española, a Egipto, Palestina y Grecia. También se concedió la nacionalidad española y fueron acogidos en nuestro país un determinado número de judíos alemanes. Incluso, en todo este drama, no faltó la picaresca al descubrir el Gobierno español que una organización denominada Sagoresco, recaudaba fondos para, supuestamente, salvar a unas cincuenta mil familias de judíos y que actuaría bajo la garantía de Madrid y el Vaticano.

Pasados los años poco a poco, han ido aflorando los distintos testimonios, bien



de supervivientes o de sus hijos, que confirman esta humanitaria labor de España en aquellos difíciles años. Como detalle curioso valga esta recomendación que en ladino se canta anualmente todos los 20 de noviembre, aniversario de la muerte de Franco, en la sinagoga Zare Sion de Brooklyn: «Shalon, Adonai, Shalom, el dió de Israel. Esto te rugamos: que habas entre tus angelós al anima del capitán general Francisco Franco, que fizo mercedes i adyuvó a muchos yudeos tus hixos, cuando estaban en oprobio i cautiverio». Finalmente, no hace mucho que el presidente de la asociación hebrea en España escribió que: «El nombre de España es una de las raras luces que brillaron en la oscura y larga noche vivida por el pueblo judío durante los trágicos años del nazismo».